

CETYS UNIVERSIDAD

Alberto Gárate Rivera
(coordinador)



Un jardín con alas
RELATOS PARA LA NANA CHINDA

Un jardín con alas.
Relatos para la nana Chinda



Dr. Fernando León García
RECTOR DEL SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Alberto Gárate Rivera
VICERRECTOR ACADÉMICO

C.P. Arturo Álvarez Soto
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Ing. Sergio Rebollar McDonough
VICERRECTOR DE OPERACIÓN

Dr. Jorge Ortega Acevedo
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL

ALBERTO GÁRATE RIVERA
(coordinador)

**Un jardín con alas.
Relatos para la nana Chinda**

Textos por nietos de la nana Chinda

Presentación de Pedro Ortega Ruiz

Prólogo de Luis Oviedo Villavicencio

EDITORIAL  CETYS

Un jardín con alas. Relatos para la nana Chinda

D. R. © Alberto Gárate Rivera (coordinador)

D. R. © Programa Editorial del CETYS Universidad,
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.,
Calzada CETYS, colonia Rivera s/n, Mexicali, Baja California,
C.P. 22159. Tel. (686) 557-3700.
www.cetys.mx

PRIMERA EDICIÓN, 2017

ISBN: 978-607-97452-6-4

Edición y formación: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Corrección de estilo: Mónica I. Gárate Carrillo
Ilustraciones de interiores: A. Carolina Gárate Carrillo
Diseño de cubiertas: Rosa Espinoza

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del CETYS Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO



No habíamos inventado la palabra y la necesidad jugaba malabares con nuestras vidas. No sabíamos imaginar pero alguien lo hizo por nosotros: nos inventaron un árbol con alas que nos llevaría a otro destino. Y la promesa se ha cumplido.

ÍNDICE

Preámbulo: Una lectora de medianoche <i>Alberto Gárate Rivera</i>	13
Presentación <i>Pedro Ortega Ruiz</i>	19
Prólogo <i>Luis Fernando Oviedo Villavicencio</i>	25
Un trabajo muy especial <i>Jerónimo Vera Gárate</i>	31
Traer un hijo al mundo <i>Norma Vera Gárate</i>	39
¿Una mexicana con alma de china? <i>Alejandra Gárate Carrillo</i>	43
Por el camino que buscaba <i>Carlos Ponce Gárate</i>	59
¿Por qué se llora en una Navidad? Una nalgada basta <i>Mónica Gárate Carrillo</i>	73 83

Ahí los <i>washo</i> , hijos de siete fregados	87
<i>Cindy Rosales Gárate</i>	
Del trabajo y otras satisfacciones	95
<i>Karina Vera Gárate</i>	
Abuelas postizas	101
Se te va el tren	107
<i>Carolina Gárate Carrillo</i>	
Elegir estudiar en Pomona	119
<i>Noel Ponce Gárate</i>	
Del <i>pick-up</i> amarillo y otras historias	125
<i>Gilberto Viramontes Gárate</i>	
Vivir en la Valle Verde	131
<i>Verónica Barajas Gárate</i>	
Las decisiones que marcan nuestra vida	137
Los viejitos	143
<i>Karen Ponce Gárate</i>	
El tata Chato y los globos llenos de agua	149
Se nos vino la Rumorosa encima	153
<i>Juan Medina Gárate</i>	
Una etapa difícil	161
<i>Melissa Rosales Gárate</i>	
Las confusiones de la prepa	167
<i>Marlenne Barajas Gárate</i>	
Tropiezos que nos ayudan a crecer	173
<i>Jorge Gárate Hernández</i>	
Un robo más y nos vamos	181
<i>Luis Fernando Viramontes Gárate</i>	

Los esfuerzos personales <i>Mariela Ponce Gárate</i>	187
El cambiar de casa <i>Pamela Gárate Hernández</i>	193
Un tornado que me llenó de miedo <i>Jesús Medina Gárate</i>	197
Un 5 que dejó huella <i>Keyla Gárate Girbau</i>	201
Las cosas se perdonan, pero no se olvidan <i>Sophia Ponce Gárate</i>	205
Estudiar para ser el estudiante del año <i>Raúl Gárate Girbau</i>	209
Mis aventuras en <i>Universal Studios</i> <i>Alberto Gárate Hernández</i>	211
Los juegos y mi escuelita <i>Joel Suárez Gárate</i>	213
Los juegos y la casa de la abuela <i>Jimena Suárez Gárate</i>	215
Los perros de la tía Male <i>Sebastián Gárate Girbau</i>	217
Epílogo: Los proyectos pedagógicos <i>Alberto Gárate Rivera</i>	221

PREÁMBULO: UNA LECTORA DE MEDIANOCHE

Alberto Gárate Rivera

Una noche de alguno de estos años, cuando ya la quietud del día nos traía el cansancio y una cierta calma, sentado en el comedor de casa, puse frente a mis ojos una vieja fotografía donde estamos mi hermana More, Arturo (el Siete), mi mejor amigo de la niñez, y yo. Tendría quizás cinco años. El fotógrafo, probablemente Eliseo, que era en aquellos tiempos de finales de los sesenta del siglo pasado, la única persona del barrio que se dedicaba a ese oficio, nos colocó de pie frente a la casa de la Elli, mamá del Siete, y tomó la impresión a color. Hoy, después de más de 45 años, parece una fotografía color sepia. Ni mi madre ni la Elli se preocuparon de vestirnos con ropa nueva y con unos zapatos al menos limpios. De hecho, no se ocuparon de lavarnos ni la cara, probablemente no supieron que Eliseo nos tomó la foto hasta uno o dos días después que llegó a vendérselas o regalárselas. Lo bueno de atraparnos en la vida real, es que podemos dar evidencia de lo que mi madre siempre nos dijo: la pobreza fue nuestra escenografía de vida.

Al cabo de casi cinco décadas de aquel momento, confirmo lo que siempre he dicho en mis charlas y clases

sobre educación: soy una persona idealista y tengo como sombra al optimismo. Muchas razones, infinitas razones he acumulado en mi vida para dejarme contagiar por el optimismo. Una de ellas la conoce mi madre con exactitud: tuve como profesión a la educación y con ella he vivido y para ella he vivido. Por fortuna, azar, logro o alguna otra inexplicable razón, nunca he dejado de trabajar en lo que me apasiona: la educación.

Esa noche en casa, después de una clase con estudiantes de maestría y, viendo esa vieja fotografía, lo único que pude hacer fue escribir este breve texto:

No habíamos inventado la palabra y la necesidad jugaba malabares con nuestras vidas. No sabíamos imaginar pero alguien lo hizo por nosotros: nos inventaron un árbol con alas que nos llevaría a otro destino.

Y la promesa se ha cumplido. El sentido de la frase toca a mi madre y a mi padre. Ellos nos ayudaron a imaginar a los diez hijos que trajeron a este mundo y ellos, sin saberlo, nos inventaron un árbol con alas que nos llevaría a otro destino, uno donde tuviésemos la posibilidad de elegir, de conocer, de entender que el mundo era mucho más que ese polvoriento barrio de la calle 7, de la colonia Pueblo Nuevo.

Al crecer acompañado de una cantidad importante de lecturas sobre educación, un cierto día me dio por escribir un libro, el cual titulé *Para tocar los silencios del aula*. Una bonita fotografía del muelle de San Quintín, Baja California, ilustra la portada. Su contenido son relatos cortos sobre lo que ocurre en los salones de clase, particularmente en escuelas urbanas y rurales marginales. El libro se lo regalé a mi apá y a mi amá. Ambos lo

leyeron. Es probable que mi amá de un sólo aliento. Y lo que ocurrió con ella fue fabuloso: lo leyó una y otra y otra vez, imaginando y sufriendo con las historias que ahí se relataban. Lo leyó a la medianoche y luego, los fines de semana, me preguntaba por Silvina y las galeras de San Quintín, o por Andrés, el adolescente que contaba con piedras en una escuela peregrina del valle de Mexicali. Mi madre —la nana Chinda— leyó un libro completo por primera vez en su vida (a los sesenta años) y creyó que su hijo era el mejor escritor del mundo. “José, el Beto es escritor, y escribe muy bonito”, seguro le dijo a mi apá alguna tarde donde hablaban de sus hijos.

La otra cosa que ocurrió con mi madre es que se convirtió en lectora de medianoche. Al finalizar una larga jornada de ama de casa, de madre y de abuela, ella encamina los pasos a su habitación, ve algún programa de televisión y luego llama a mi padre —la esencia de él, porque ya falleció— y empieza a leer o a releer otros libros, entre ellos: *Voces del aula*, *Entre la espina y la memoria* y *Educación desde la precariedad*. Ese hábito se le ha vuelto costumbre. Así, después de aprenderse cada historia, en las noches de sábado, en medio del bullicio de la veintena de nietos, suele decirme:

—Mijo, ¿cuándo vas a escribir otro libro?

—¿Otro, amá? ¿Ya no tiene algo para leer?

—Ese que escribieron Pedro y tú, el de la... hum... preca... rie... dad... ya lo leí.

—¿Cuántas veces, amá?

—Como tres o cuatro. Me gusta la historia de Rubén, tu amigo, estoy segura que debe ser un director de primaria muy bueno. Y la niña de las flores me hace llo-

rar, es una historia muy bonita. ¿Ya no vas a escribir otro libro con Pedro?

—Sí, en eso estoy amá, téngame un poco de paciencia. Mientras tanto, ocupe sus medias noches leyendo algún otro libro.

Hace algunas semanas, nuevamente en una noche sosegada, les dije a mis hijas y a mi esposa, a quemarropa:

—Vamos a escribir un libro de relatos para la nana Chinda.

Las cuatro me miraron con azoro. Moni, que suele hablar con mayor celeridad, se quedó muda. No encontraba el árbol con alas que la llevara a imaginar. Tuve que argumentar sobre el tamaño del reto y de las extraordinarias consecuencias que podría traer el alcanzarlo. Finalmente se convencieron y tomaron el proyecto con una pasión sobrecogedora y pusieron manos a la obra de inmediato. Aprovechando que ese fin de semana festejábamos en casa que mi hija Caro graduaba de la carrera de Arquitectura, llamamos a junta a todos los nietos para platicarles la idea e involucrarlos.

—¿Qué queremos que hagan? —les dijimos—. Que escriban un relato sobre su vida y que se lo compartan a su nana Chinda. Hagan de cuenta que su nana está en la cocina lavando trastes y llegan ustedes y le dicen: Nana, quiero contarle lo que me ocurrió en este verano cuando mis papás, el Juanito y yo fuimos a Carolina del Norte.

—Pero yo no sé escribir, tío Beto —dijo alguno de ellos—. Nunca he escrito un relato.

—Pues ahora lo vas a escribir —le respondí—. Y tienes cuatro semanas para terminarlo. ¿O acaso te quieres quedar fuera del libro? La Moni y la Ale les van a ayudar. La Caro y la Meli elaborarán algunos dibujos para ilustrar ese bonito libro.

El silencio profundo que provoca el miedo y la incertidumbre cedió el paso a los murmullos. El viaje a Canadá, el choque en la Rumorosa, el tornado que le provocó diarrea al Chuma, aparecieron en escena. Los más de 20 nietos que estaban en la habitación de mis hijas hablaban tocados ya por un proyecto inimaginable: escribir un libro de relatos para la nana Chinda.

—Diles que es un secreto —me susurró la Ale en medio del fragor de voces.

—¡Hey! Silencio todos. Este es un secreto y si es necesario sellarlo con sangre, lo hacemos. Nadie, absolutamente nadie, ni sus padres, deben enterarse de este libro. Como ya les dijimos, se lo entregaremos a la nana Chinda justo cuando termine la obra de teatro de Navidad.

Los ojos temerosos del Rulo (nueve años) me decían que no sería necesario manchar nuestras manos de sangre. Cada uno de ellos escribiría y sabría mantener a buen recaudo el secreto.

Pasaron dos meses y los días resguardaron el secreto. Las plumas de los nietos de la nana Chinda se esforzaron tal y como lo hacen mis alumnos de la Maestría en Educación que aceptan el reto de escribir un libro. El fruto de ello, insólito y por ello singular, fue un texto al que llamamos *Un jardín con alas*. Y, tal y como lo habíamos planeado, el libro fue entregado a la nana y a sus hijos, justo en la Nochebuena del 2016.

Lo que nadie previó fue la manera como la nana Chinda leería *Un jardín con alas*. La mayoría pensamos que las 200 páginas y los 31 relatos se los leería de un sorbo en una madrugada. Que leería sin poder desprenderse de cada página; que lo haría sin piedad, con toda intensidad y sin importarle ver y sentir cómo los primeros rayos de sol entraban por su ventana. Todos nos equivocamos. Su táctica para leer el libro fue totalmente inesperada. Para empezar, inició su lectura dos noches después de tenerlo en sus manos. Después, leyó los tres primeros relatos y luego lo dejó y se durmió. La segunda noche de lecturas releyó los tres primeros y luego tres más, y lo volvió a guardar. La tercera noche releyó los seis primeros y agregó tres más. ¿Qué estaba pasando por su mente? Que el libro le había gustado tanto que, no quería acabarlo en una noche y, por otra parte, quería aprenderse cada palabra de las 45 mil que están escritas en *Un Jardín con alas*.